

mos en la vida de todos los hombres siología. De ahí que frecuentemente le veamos dar un coletazo y remontarse rápido a buscar una luz en los viejos candiles de la Teología. De que dejaron una estela en su pasc por la humanidad.

Y Servet responde a esa llamada lanzándose impetuosamente hacia su vocación. Traba amistad con otros jóvenes adeptos de las doctrinas de Lutero; pero en aquellos días decisivos, un antiguo amigo suyo, al que conoció en Barcelona, Juan de Quintana, consejero y confesor de Carlos V, le arranca de Toulouse y le lleva a Italia, donde ve coronar al Emperador Carlos. En este país comienza Servet sus estudios de Medicina, deseoso, tal vez, de indagar por nuevos caminos los problemas teológicos que le preocupaban. Miguel Servet empieza ya a moverse impulsado por sus inquietudes, que van más allá de su conveniencia y aun de su voluntad.

Marcha a Alemania, donde conoce a los caudillos de la Reforma, a quienes tiempo hacía que admiraba. Pero Servet ya va más lejos que ellos. En un viaje a Basilea conoce a Juan Ecolampadio, célebre reformista alemán, predicador extraordinario y profesor de Teología. En un comienzo, Ecolampadio recibe al inquieto Servet con gran entusiasmo, pero bien pronto, escandalizado por sus ideas sobre el dogma de la Trinidad, le expulsó de su presencia, conducta que imitaron otros reformadores de Estrasburgo.

Pero Miguel Servet, batallador y convencido de sus ideas, las cristaliza en su obra *De Trinitatis erroribus libri VI*, obra publicada en Alsacia, que levantó una tolvana pasional en Alemania y Suiza y fué anatematizada por los reformadores y suprimida por fin en Ratisbona.

Firme en sus convicciones, Servet, que, según Pijoan, «tiene del vasco o del ibero su testarudez y fuerza de convicciones», nuevo San Ignacio, publica una nueva obra: *Dialogorum de Trinitate et de Charitate capitula quatuor* (1532). Este libro, que resume un místico panteísmo y donde vertió sus originalísimas concepciones religiosas, le valió toda clase de persecuciones y amenazas que le obligaron a huir de Alemania y re-

fugiarse en Lyon con el nombre de Villeneuve, para evitar suspicacias como heresiarca declarado que ya era.

Su precaria situación le hizo trabajar en la imprenta de los hermanos Trechsel, en la cual revisó, corrigió y anotó de modo magistral la Geografía de Tolomeo, que aun hoy conserva notables valores. En Lyon entabló amistad con el fundador del Colegio de Medicina de la ciudad Sinfioriano Champer. Alma impetuosa, Servet se entrega lealmente a su buena amistad y corresponde a las benevolencias de su amigo, defendiéndole en un opúsculo polémico de las violencias de un médico de Heildelberg, Leonard Fuchs.

Alentado por su protector e influido por él, Servet marcha a París a reanudar sus estudios médicos. En aquellos días estaba solo, aislado de católicos y protestantes, solo y firme en sus convicciones como un peñasco en un oceano de sectarismos; pero más inquieto, más activo, más *demoníaco* que nunca.

En París finalizó y perfeccionó sus estudios médicos junto a célebres maestros. Siempre vivaz y renovador, se dedica a derribar los viejos errores médicos en una obra que publica en 1537, a los 28 años (*Syruporum universa ratio ad Galeni censuram diligenti exposita*). Esta obra suscitó violentas controversias que afrontó Servet con su habitual entereza de ánimo.

Como en el caso de Lutero, de San Ignacio o de Vivekananda, el manto de Servet encubría un alma de guerrero. Y prueba su complejidad espiritual, su decisión de lanzarse a disecar cadáveres, él, que hasta entonces fué tan sólo un teólogo hábil en disecar sutilezas metafísicas.

Y en París, Servet, cuya inquietud le hace profundizar en cualquier estudio que emprenda, realiza su descubrimiento inmortal, ofrendando a la Medicina el hallazgo de la circulación pulmonar. Pero de este descubrimiento, como de las luchas entre Servet y Calvino, nos ocuparemos en el próximo artículo. Con lo dicho basta para poder comenzar a ver perfilarse la silueta de Miguel Servet, médico genial, gran teólogo, buscador del sendero.